

Jesús Ruiz Mantilla
Hotel Transición

Alianza Editorial



El XVII Premio de Novela Fernando Quiñones
está patrocinado por la Fundación Unicaja.

Un jurado formado por Nadia Consolani, Guillermo Roz,
Marta Rivera de la Cruz, Antonio Rodríguez Almodóvar y Valeria Ciompi
otorgó a *Hotel Transición* el XVII Premio Unicaja de Novela
Fernando Quiñones

Reservados todos los derechos.

*El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*

© Jesús Ruiz Mantilla, 2016

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-292-1

Depósito legal: M. 1.855-2016

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Recepción
Ven, que te levanto
- 35 Primera planta
¡Una bomba! ¡Ha sido una bomba!
- 59 Segunda planta
¿Juega Cruyff?
- 87 Tercera planta
Espanoles: Franco ha muerto
- 113 Cuarta planta
¿Tantos son los chinos?
- 139 Quinta planta
¿Es pecado?
- 165 Sexta planta
¿Dónde andaremos en el año 2000?
- 189 Séptima planta
¿Cómo suena Pink Floyd!
- 215 Octava planta
Pero, ese Lennon, ¿no es un drogadicto?
- 243 Novena planta
¡Quieto todo el mundo!

*A mis padres, que me enseñaron a vivir apasionadamente.
A Paula y Cristina, mis más amplias y luminosas habitaciones.
A Vera, que me alojó en su hotel.*

Recepción

—Ven, que te levanto.

Cuando la abuela Carmen entonaba aquella frase, Chucho, automáticamente, sin pensarlo, se alzaba... E iba. Quizá lo hiciera moqueando, sorbiendo el llanto muchas veces caprichoso producto del cansancio o consecuencia de un golpe tonto por el pasillo, de una caída fortuita sobre algo tan sumamente inofensivo, inocuo, blando como la alfombra, la madera crujiente de cualquier habitación o incluso el mármol tamizado de humedad que cubría el suelo de la cocina. No importaba. Como un robot, se levantaba... E iba.

La sugerencia, junto a la reacción posterior, venía a ser un acto de fe por parte de la criatura y una demostración de suprema sabiduría para los diagnósticos del dolor en la abuela. Chucho creía absolutamente en el magistral dominio de su poder. Era su voz. El efecto de su voz plácida y señorial. Su voz como un lazo, ligeramente quebrada pero vestida de perpetua serenidad, la que le levantaba del suelo como si gozara de poderes dignos de una médium.

—A ver, a ver.

Efectivamente, no solía ser nada. Doña Carmen calibraba a la perfección la gravedad de cada incidente. La estela de seis hijos le había mostrado toda la intensidad y la frecuencia de los daños: desde el rasguño hasta la muerte de alguno de ellos —algo de lo que jamás hablaba— por enfermedad o accidente. Desde el coscorrón hasta las

quemaduras de grado irreversible. Aquel gemido del nieto, más si se trataba de una torpeza previa a la hora de comer, denotaba cansancio, falta de fuerzas y necesidad de siesta.

—¿Dónde te duele?

—Aquí...

Chucho se señalaba la frente manoseándose la en horizontal. Doña Carmen debía apartarle el flequillo *'beatle'* que le caía de su peinado tipo casco y, efectivamente, cuando comprobaba que no existía daño mayor que el susto o quizás la tímida rabia de haberse sentido torpe, le aplicaba el remedio ordinario.

Recordaba eso cuando su madre regresó del cementerio. La abuela había muerto y jamás podría olvidar la negra sombra hueca de ese día. Apenas contaba ocho años.

—Ven aquí, rata...

Nada más entrar, el chaval notó algo extraño. No había tirado su madre el abrigo, como siempre, ni se había dirigido después directamente al baño. Tampoco se entretuvo en preguntar qué tal en el colegio. Ni se preocupó por su marido, que no había regresado de clase en la Universidad. Ni siquiera reparó en que María Teresa estaba preparando lentejas para comer, con lo que su madre odiaba las lentejas.

—¿Qué pasa?

Chucho no llegaba a intuir los colores de esa decepción que se planta a veces en mitad de nuestro automatismo cotidiano sin permiso. Aparece de golpe, nos arrebató la templanza que requiere enfrentarse a la lucha diaria y obliga a medir nuestras sobradas o escasas fuerzas.

—La abuela Carmen está en el cielo.

El chico no atinaba a entender el tímido pero tópico eufemismo. Mira que lo había escuchado veces para encubrir la ausencia de la muerte. Mira que cuando a otros compañeros del colegio les habían dicho lo mismo refiriéndose a un familiar o alguna tía mayor que había desaparecido de sus esquemas o sus costumbres, lo oyó explicar igual. Pero la abuela Carmen...

Con su moño rubio, sus ojos verdes, su boca pintada de pegajoso pero elegantísimo carmín. Con su rostro de seda amortiguado por una pelusa clara y armónica que se confundía entre el colorete. Con su proverbial templanza y sus acuerdos de paz perpetua mediando entre los hijos. La abuela Carmen, así como así, no podía irse al cielo. Le quedaba mucho por hacer aquí, muchas mañanas en las que despertarle para ir al colegio, muchos domingos de excursión en el Seat 850, muchos remiendos de camisas, chaquetas y pantalones al abrigo del mirador, contemplando a resguardo y calentados por la estufa de butano la seductora cadencia de la lluvia. Muchos nietos Dávila a los que también abrazar y ayudar en sus primeros pasos.

—¿Cómo que al cielo?

—Se la ha llevado Dios...

Dios servía mucho para echarle las culpas de todo aquello que no podía ser. De lo bueno y de lo malo. Ese comodín que jamás daba la cara pero hacía y deshacía a su antojo había decidido aquella mañana, tranquilamente, cambiarle la vida. De golpe, mientras Chuchito quizás perfeccionaba la tabla de multiplicar o se perdía en estrategias para que Ángela Muñoz, su compañera de pupitre, le hiciera caso, Dios se había levantado con la idea feliz —para él— y desgraciada —para sus desamparados hijos en la Tierra— de arrebatarse a su abuela.

Para siempre. Porque Dios, cuando llamaba, cuando reclutaba, cuando elegía, lo hacía para la eternidad. Y en eso consistía lo que todo el mundo tenía en la cabeza y nadie quería pronunciar. En eso consistía la muerte. La muerte era la ausencia de los tuyos para el resto de los días y el consuelo del recuerdo, la impotencia resignada de la realidad feliz que se esfumaba.

—¿Adónde?

—Al cielo, hijo, al cielo, con el abuelo.

Redundar en la idea no iba a servir para convencerle. Aunque su madre fuera poco a poco perdiendo la paciencia psicológica debida, el niño no parecía aceptar, así como así, la nueva situación. De pronto, el cielo no podía ser ese lugar en que, por mucho que nos conta-

ran, su abuela iba a quedar a gusto. Aunque fuera a reunirse con su esposo, con el abuelo Ramón, don Ramón Dávila, que ya creían había subido hacia arriba cuando él apenas tenía uso de razón, doña Carmen aún dejaba muchas obligaciones incumplidas: la constante y conveniente compañía, repetidos zurcidos, un leve gobierno interno y basado en la autoridad del cariño tozudamente equitativo entre cada uno de sus hijos y nietos, el aparente y simpático nerviosismo ante los partidos de fútbol cruciales en los que siempre apoyaba al equipo más débil, las meriendas de pan con mantequilla y azúcar, contadas perras que soltar en el mercado del Este, donde siempre repetía en los mismos puestos.

—Del cielo no vuelven, mamá. ¿Se ha muerto?

—Sí, así es, rata. Se ha muerto.

Chucho hubiera querido ser fuerte y no quebrarse. Suponía que resultaba mucho más paralizante el dolor de una hija hacia su madre que el de un nieto a su abuela. Pero lo cierto era que ésta venía a representar para él la verdad, la seguridad y la vida. Rompió a llorar. Supo que jamás volvería a verla. La última vez fue aquella visita al hospital, donde para siempre ya la recordaría débil y dejando que se comiera sus croquetas cuando le recibió sentada. Le abrazó y poco después, agotada, pidió que la volvieran a meter en la cama. Aquel gesto se reveló su despedida.

No le iban a servir a Chucho los argumentos pertinentes. El discurso de que allí iba a estar mejor; que ella prefería, como todos, descansar. El consuelo argumental inevitable, la magia negra de los salmos, ni los rosarios.

—Voy abajo... Allí andan los tíos. ¿Vienes conmigo, pirata?

Pirata, Makilikudi, Turuta, rata, indio cochise, nené... , con tanto mote, al pobre chaval le podían haber creado su serio problema de identidad. Un incómodo molde de despistes con graves trastornos de personalidad a la manera de la denominada '*vacilación prenatal*' que decía experimentar Kafka. Resulta peligroso andar cambiándole el nombre a la gente. Cuando miro hacia el niño, feliz, en su isla,

confiado incluso dentro del Castillo del que más tarde la vida te va haciendo tomar distancia, desconfianza, no puedo evitar un sentimiento entre rabioso y piadoso. Ese *'entre'* kafkiano, precisamente, como solución intermedia en la vida para pertenecer a las cosas, para asimilarse y permanecer ajeno al tiempo. Creo que al Chucho que recuerdo siempre le ocurrió no sólo que sus padres le llamaran a capricho y nunca —salvo bronca— por el nombre de pila: allá donde iba se le denominaba como convenía a la gente. Jamás fui capaz de imponer aquel con el que más a gusto me sentía aunque ya fuera del entorno me miraran raro, como si de un perro se tratara. ¿Chucho? Pues sí. Chucho. Chucho le plantaron un día encima y Chucho se sentía dentro de su piel un tanto fofa de tranquilote y comodón chiquillo mimado en una capital de provincias. ¿Chucho como un perro? En cierto modo como un mastín o un san Bernardo, aunque de ojos alegres y dotado de otra zalamería. Prefería aquello a otra cosa, pese a que me tuviera que acostumbrar, que claudicar. No le veía la gracia a los moteos que llovían o a la insistencia en los apellidos entrecortados: «Davi» —como en el colegio, tan perezosos sus compañeros para rematarlo con el «la» final, aunque dicha reducción implicara su toque de cariño—, o Chus, como le ocurría en verano por el pueblo, aunque bueno, eso me desagradaba menos. Ves cómo mezclo, cómo me mezclo, me fundo y me confundo entre las voces. Hoy que casi me tengo que conformar con la conveniencia del nombre a secas en los entornos serios, profesionales, o el apellido completo, como si fuera un comisario o el dependiente de una tienda de telas. Da gusto que alguien me sorprenda llamándome Chucho por la calle, de espaldas, a traición casi. Sonrío inevitablemente. Le abro el sentimiento al detalle. La frialdad de mi nombre se me revuelve como un síntoma de distancia. Se torna en mi contra. Incluso en las amantes o las parejas que no han pasado de ahí, que no han sabido o no han querido construir una identidad específica para denominarse como nos diera la gana dentro del territorio más íntimo. Se me hacía raro escuchar de sus labios: Jesús. Me fui adaptando a ello. O inadaptando, quién sabe, a la vista de los resultados. Me pregunto

cómo me habría llamado ella, cómo puede llegar a llamarme si algún día reúno la determinación necesaria como para ir a pedirle de rodillas que me haga suyo. Sé que esto suena demasiado arrebatador. Seamos positivos, dejemos volar la imaginación, permitámonos soñarlo. Así debe ser. Prometo. Me prometo a mí mismo que cambiaré. Que me aplicaré la máxima de Nietzsche: «Llega a ser quien eres». ¿Es posible, real ese planteamiento? Lo dudo. Me quedo con la extrañeza de Kafka hacia sí mismo. Incluso con el reto de buscar un amor epistolar, que sólo se construyera con palabras escritas, como él hizo con Felice Bauer, hasta que aquello dio de sí lo que dio de sí. Demasiado templado, demasiado inseguro, demasiado poco entregado he vivido mis historias sentimentales. Y así me va, solo me veo, solo me siento, solo quedará si no rompo esa cadena de terror al fracaso. Amar no se puede decir que no haya amado, pero quizás con escasa entrega, con escasa generosidad. Aunque no, Katia, Katia Bataglia, no puede afirmar eso. Tampoco Lourdes, a esta última no le voy a poner apellido. Ni mucho menos ahora lo puede sostener ella. Ella esquivaba, ella cómplice de nuestros escauceos, de nuestros regateos, de nuestros silencios. Ella, sin nombre, pero envuelta arrebatadamente en cuerpo ardiente y deseado dentro de mí. Ella sujeto, ella pecho por descubrir, sexo, donde saciarme. Anhelos de vida y muerte, mi más secreto palpito.

Pese al leve sol, pese a la ilógica templanza de un tímido inicio de invierno, el día se le había tornado al chaval un congelado habitáculo temporal de emociones. Por el hotel crujían a veces los llantos que se perdían en el alargado salón cubierto por unos biombos de madera para separar los espacios de los clientes que no tenían por qué soportar un duelo, aunque fuese la excepción. Las miradas perdidas se sucedían como espectros de fijación en el aire. Llegaban hermanos, hijos, primos. Tomaban asiento tras contagiarse la solidaria compañía de los abrazos.

Los empleados de la recepción y los botones contemplaban el desfile con cierta congoja. No en vano la dulzura de doña Carmen

les había servido muchas veces de refugio ante la ira de su esposo que en tiempos fue él quien regentó el negocio y contrató a la mayoría de ellos pero podía llegar a ser un patrón insoportable.

A Pepe Forteza le sustituía Antonio Gentil por la tarde: la distante altivez peinada con canas hacia atrás del viejo falangista debía dar turno al compañero que le tomaba cada día el relevo obligado a callar a menudo sus opiniones ante los exabruptos del colega. Sabía cuál era su lugar. Se imponía conservar el trabajo para dar estudios a los hijos y, ante esa prioridad, no quedaba espacio para significarse con opiniones inconvenientes. Pepe no parecía un chivato, pero las paredes oyen y a don Ramón Dávila, que ganó la guerra con los Nacionales, todavía se le podía revirar el ánimo aplacado más de tres décadas después del conflicto con cierta voluntad caritativa pero no suficiente para no echarle a la calle. El abuelo era de los que cantaba el 'Cara al sol' cada mañana mientras se afeitaba. Y el soniquete de los himnos, aunque mecánico, resulta capaz de contagiar reacciones imprevisibles.

Santos, por su parte, el botones que resistía en su puesto desde el día de la inauguración del hotel en 1947, parecía una efigie de antiguo galán. Maestro en elevar la ceja, no se metía en líos, aparte de evitar dar disgustos a las gallinas que le proporcionaban los huevos de yema anaranjada con que su mujer le preparaba un glorioso bocadillo de tortilla casi cada jornada.

Los tres componían, con variantes de otros empleados más efímeros, el hábitat de la recepción y la espina dorsal humana del negocio que ahora regentaba Rocío Dávila. Lo hacía con manos libres ante unos propietarios madrileños que se presentaban por allí de vez en cuando.

El acotado espacio con amplio mostrador y un hueco donde se escondía Rosario, la telefonista, era donde se recibía cada día a los huéspedes venidos de cualquier parte: amantes urgidos por dar refugio a sus instintos, viajantes de comercio más o menos habituales, marinos deseosos de respirar otro ambiente antes de zarpar hacia el siguiente puerto, familias veraneantes en temporada, oscuros funcionarios con encargos sin especificar, ciudadanos anónimos, viudos y

viudas a tiempo completo, maestras y médicos de pueblo que se acercaban a darse un respiro por la capital, actores y músicos en gira, sacerdotes que visitaban parientes... El mundo y un esquema de la sociología presente y pertinente en un tiempo que apenas podría captarse dentro de un retrato nómada con escaso espacio para posar en la foto.

Alguien pensó que Chucho no pintaba nada en mitad de aquel trance: entre el reparto de pésames y el desconcierto patente que hubiese descompuesto la imagen de sus familiares, a los que suponía capaces de vencer casi todo. Ellos mismos se sentían incómodos ante la perspectiva de verse derrotados delante del niño.

Así que volvió a subir al noveno piso. Allí vivían. Él, su madre y su padre, con María Teresa de por medio —aunque ella, sin quedarse a dormir—, ocupaban una especie de isla elevada por donde se observaba el mar en un simulacro de ancha claraboya desde su habitación orientada al sur.

María Teresa había guisado unas lentejas. Pero lo que sentía Chucho era todo menos hambre. A esa hora, después del telediario, emitían *Bonanza*. El niño no estaba seguro de querer ver aquella serie con las tribulaciones de los Cartwright sin la compañía de su abuela, como hacía a menudo. Le iba a afectar mucho no volver a sentirla hipnotizada por carros, carretas y caballos mientras cortaba hilos con los dientes y se guardaba de los pinchazos con dedal.

De *Bonanza* Chucho nunca ha querido olvidar el sombrero del gordo, la nobleza sonriente del pequeño, las canas con chaleco del padre. Pero sobre todo las explicaciones o las dudas que doña Carmen esparcía en mitad de un episodio, la leve y divertida distancia con la que se creía aquellas intrigas por tierras y ganado, con malos y buenos, con villanos y héroes de familia, tan lejanos y tan cercanos a la vez.

La televisión en blanco y negro, que tardaba en calentar y retrasaba el principio de algún episodio, lograba introducirles en un mundo que abuela y nieto pintaban a su antojo durante las tardes con tiempos muertos hasta la merienda, entre vacíos y resquicios,

acompañados de café para ella y galletas napolitanas de penetrante canela para él.

Pero aquel día fatídico en que quedó despojado de su más venerado tesoro, tuvo que comer. Junto a María Teresa, en silencio. Chuchito contaba unos cuantos amores por aquella época. La criada era uno. Ángela Muñoz, la niña de los ojos azules y el pelo recogido con raya al medio, otro. Contaban dos edades bien distintas. María Teresa en su dulzura barriobajera, con su efecto mágico de tacones que se quitaba al entrar y volvía a colocarse a la hora de salir ante el silencioso embobamiento del niño. Ángela en su igual a igual cotidiano pero inalcanzable del territorio compartido en torno al pupitre común.

Ambas le ordenaban la vida de alguna manera cuando no lo hacía su abuela. Ángela Muñoz no dejando que se distrajera mucho con las explicaciones en clase. Una tarea más bien ardua, sobre todo en mitad de las asignaturas de peso, aunque sólo fuera por los minutos en los que se dejaba llevar mirándola de reojo. No podía evitarlo, fijarse bien en ella, incluso pese al riesgo de perder la clave de los problemas matemáticos o gramaticales que comenzaba a aprender sin ser consciente de que serían algunas de las lecciones más importantes de su vida. La base de todo.

María Teresa, en cambio, le atraía planchándole, arropándole, cocinándole o sencillamente riéndole las gracias sin dejar resquicio de arrugas en su rostro de nácar y sus pestañas medio orientales.

—¿No vas a comer, trasto? No me acabo de creer que no tengas hambre. Nos vamos a poner los dos a ver la televisión, el telediario, aunque nos aburra. Si quieres, convengo a tu madre para que esta tarde no vayas al colegio.

—Bueno...

La elección resultaba crítica. La actitud de María Teresa también. Trataba de mostrarse elocuente cuando lo habitual era que la muchacha hablara lo justo. Ahí residía otro de sus encantos: en una nada impostada discreción. Pero aquel día, incluso se atrevía a ofrecerle planes, alternativas, cosa que en su vida se le había ocurrido.

Aunque últimamente el único aliciente serio —más allá de sus amigos— para poder levantarse cada mañana e ir a clase se limitaba a pasar las horas junto a Ángela Muñoz, todo el mundo iba a comprender su luto. Total, una lección de inglés y otra de dibujo no iban a ninguna parte.

Chucho se encogía de hombros. Aceptó comer algo sin mucho entusiasmo. Con la noticia, María Teresa había cambiado el menú. Decidió meter en la nevera las lentejas y sustituir las legumbres por unos macarrones con tomate y chorizo gratinados. Estaba segura de que la pasta serviría para arrancarle una sonrisa en medio de la incipiente pena que comenzaba a ensombrecer su gesto de niño generalmente alegre.

Al chiquillo le entusiasmaban los macarrones. Sobre todo los de la abuela Encarnita, que se tiraba la mañana para cuajar la salsa. Los que le preparaba María Teresa tampoco estaban mal, aunque no se esmerara con el tomate y le metiera Solís de bote para ganar tiempo.

La televisión aquel mediodía mantenía sus armas seductoras. La carta de ajuste, con su cuenta atrás y su logotipo de TVE en la parte superior de aquella tarta catódica. Adornada con aquellas líneas a capricho, se revelaba capaz de mantener un envolvente suspense previo a lo que todo el mundo más o menos sabía que podía darse. La música a modo de prólogo, el reloj que marcaba el día como un despegue de cohetes, el silencio entorpecido por la maraña electrónica que una vez prendida salía de sus tripas.

Corolarios en gris de un país que, contemplado ahora, rompió la cáscara de un huevo pringoso, con su yema cortada, contaminada por la salmonelosis colectiva. Miro hacia aquel niño que se abstraía impaciente ante la carta de ajuste muchos mediodías mientras zapeo metido en este hotel oscuro, en penumbra, decorado con esa manía hacia la luminosidad que mantienen muchos establecimientos hoy en día. Moderneces. Me topo con un enjundioso episodio de *Los Soprano* y lo disfruto sin mis vicios prejuiciosos de guionista profesional. Cómo han cambiado los esquemas de nuestras vidas. Sujetos a

la ficción que nos brindaban de niños, tan correcta, tan pedagógica en los órdenes morales y ahora tan corrosivamente real si nos decidimos a convertirnos en ese tipo de espectador que desee mirar a la vida y sus borrosos claroscuros de frente. ¿Cuándo aprenderemos o nos atreveremos a romper las reglas de esa manera? Ahí anda Tony persiguiendo a un *pringao* mientras lleva a su hija a elegir universidad. Tony el difuso héroe del hampa, calvo, rogordete, perdido, en tratamiento psiquiátrico, con ataques de pánico que ahora parecen habersele esfumado porque es que ves como a ese pobre «cuitao» le va a partir las piernas. Tony el medio degenerado que prefiere tirarse a una amante rusa coja, tullida, que a Carmela, su fascinante mujer. Tony, que lo primero que hace nada más levantarse es abrir la nevera en albornoz, a ver qué encuentra, a ver a base de qué bocado o de qué sorbo para tragarse la vida decide calmar su primer impulso ansioso. Tony sufriente y traumatizado por una madre castrante y un tío cabrón, al que desprecia la peña porque le gusta comer coños, como a mí. Tony, crisol de todas nuestras barbaridades, de todas nuestras atrocidades, de todas nuestras penurias, nuestros sueños rotos, nuestra moral torcida. Bendito seas entre todos los ángeles del infierno, ahora que además has muerto, Gandolfini: te vi demasiado pasado de peso en aquella turbia película que hiciste junto a Brad Pitt, ¿cómo se llamaba? Pero me estoy saliendo de la escaleta. ¿Qué le pedía a la vida aquel niño? ¿Qué sueños poblaban su balbuciente conciencia? Me pregunto muchas veces si le fui fiel —que ni tanto ni tan calvo, porque qué sueños alberga nadie con siete u ocho años, más allá de jugar en su equipo favorito aunque se trate de un conjunto irremediabilmente perdedor—, si se reconocería como más o menos le recuerdo yo a él, si se mostraría en paz con lo que fue, lo que generó, lo que degeneró. Por aquel entonces, creo que Chucho quería ser buzo, ya se le había pasado la urticaria de monaguillo con aquellos manteles que le plantaban en la procesión del pueblo junto al incensario y las ganas de seducir desde un púlpito, como los diáconos que rezaban el rosario, sobre todo las letanías pobladas de palabras y adjetivos extrañísimos y redundantes que ya no podría repe-

tir —Santa María, ruega por nosotros. Santa Madre de Dios, Santa Virgen de las Vírgenes— y que se me han borrado como la fe en el alucinógeno dogma de la Trinidad. Quería ser buzo, hundirse en plomo sobre el fondo del mar y observar aquella matizada realidad acuosa de las profundidades desde su escafandra. Hoy no estaría mal. Hundirse, digo, con un resquicio de salvamento a mano. Después pasó a la arquitectura, pero pronto comprendió que su incapacidad para el dibujo y su negación pasiva ante las matemáticas —que dejaban tan poco espacio a la imaginación y todo para la memoria marcada— no acompañaban su empeño en emular a los constructores de catedrales y rascacielos. Voy y vengo del relato y me siento incómodo, como inmiscuyéndome donde no me llaman, sin guardar distancia, sin esa caricia objetiva que merece toda narración. Pero la vida me lleva hacia aquel chiquillo como un repiqueteo de la conciencia. Apenas me viene a la mente qué decía, cómo hablaba, pero sí los olores, los calores, la blanda congelación de la humedad perpetua, el viento cortando la cara, pero no qué decía, cómo lo decía, el tono de su voz, así que las frases dialogadas de este relato pueden ser o no ser. ¿A quién le importa? Acomódenselas a gusto y elijan lo que más les convenga. El territorio de la infancia, qué asco, qué pena doy, lejos de mi intención queda atragantarme de tópicos. Las grandes verdades, pese a que nos resistamos a admitirlo, llevan una buena carga de planteamientos preconcebidos encima. De ellos me gustaría escapar, y aunque sea real el tópico, lo adornaré literariamente, lo vestiré de verdades poco realistas. Observo, mientras me fijo en aquel niño que fue, como resultan imposibles muchas de las apreciaciones fijas sobre él. A esa edad no podía ser tan consciente de la sensualidad que debía de rodearle, todo eso lo ha echado encima con una carga medio viciosa el recuerdo, que es aquello que no conseguiremos jamás desnudar hasta su más pura esencia porque siempre irá contaminado de emociones adquiridas con la experiencia posterior. Pero ahí le dejo, ahí le veo. Desde la estrecha mirilla del oblicuo ojo de buey con que contemplo el tiempo, le observo, ahí, embobado en medio de la tregua que nos concedía la desconcertante carta de ajuste.

Chucho la contemplaba medio atónito mientras procuraba que el chapoteo de una excesiva ración de tomate no le salpicara la camisa blanca del uniforme. El atuendo se componía de un pantalón gris, corbata roja y jersey del mismo color. Aquel salto hacia los bustos parlantes y los primeros anuncios —la maciza que montaba un caballo blanco para vender una botella de Terry, en camisa y con las piernas al aire, como una mudita Brigitte Bardot— lo iba a tener que hacer solo a no ser que aquel día María Teresa rompiera su obligación de comer en la cocina y se arrimara a hacerle compañía.

—María Teresa...

—¿Qué?

—¿Vienes?

—Ya.

La muchacha dejó el fregoteo, se secó las manos sobre el delantal y se dirigió al cuarto de estar. Ella no lo sabía, pero la preocupación y el agobio de no ser muy consciente aquel día de las prioridades —atender antes al niño o dejarlo todo como un sol— le marcaban una sensual gravedad en la cara. O quizás fueran otro tipo de preocupaciones, otras cuitas, las que le hacían mantener con esfuerzo la concentración en su cuidado. Al fin y al cabo, ese día no exigía más que la pura compañía de la distracción.

—¿Qué tal el colegio?

—Regular.

—¿Por...?

—Me pegué.

—¿Con quién?

—Con Nacho Lavín.

—¿Qué hizo?

—Quería meterle una bola de plomo a Montiel en el cuerpo y que se la tragara.

—Bestia.

—Se lo dije: bestia, animal, eres una bestia. Me miró con cara de guardármela, pero conmigo no se atreve.

—Y eso que vais a uno de pago...

Rocío irrumpió medio desbordada en mitad del cuarto. No quería llorar, quizás ya lo había hecho demasiado en silencio. O en grupo, cada vez que aparecía por la puerta alguno de sus primos, de los familiares cercanos. No de sus hermanos, porque ahí, juntos, habían permanecido todos como una piña en la agonía, hasta el último suspiro.

Chucho se preguntaba dónde andaría su padre. O quizás no, quizás no lo había echado de menos en medio de aquel caótico baile que le tenía desconcertado y que sólo María Teresa se atrevía a retar con el orden trufado de leves caprichos pensados al tuntún para desafiar el ritmo de aquel día traumático.

—¿Papá...?

Chucho lo preguntó sin más acompañamiento que el leve susurro de unos puntos suspensivos.

—Abajo.

Se conoce que era el día de las palabras tajantes. De los monosílabos casi. Las demás sobaban o se sustituían por muestras de cariño. Eugenio, su padre, retaba a la vida con bondad. Hasta entonces se había salido con la suya. De entrada, pensaba bien de todo el mundo. Su mayor frustración había sido no haber logrado pasar unas duras oposiciones para juez después de acabar Derecho y Filosofía y Letras. Pero, si nos hacemos a la idea, le sobraba ecuanimidad y le faltaba malicia para un puesto de ese perfil. Así que pasó al plan B: enseñar Historia Contemporánea, que acabó siendo su especialidad en esa doble vertiente por la que se deslizó un tiempo entre el mundo de la judicatura y lo académico.

Había establecido con su hijo una relación discreta pero profunda. Quizás Chucho, en aquel momento de su vida no se daba cuenta, no apreciaba el cuajo moral, estético, incluso, que el padre, discretamente, iba construyéndole a sus espaldas. Puede que Eugenio supiera aguardar su momento de futuras complicidades con el hijo. Lo era todo para él. Puede que le llevaran los mil demonios ante la aparente predilección que mostraba por alguno de sus tíos maternos, más heroicos a sus ojos, con más arrojo aparente, más dueños del

tiempo que se aprestaba a venir, más vivos, más yeyés, que un padre demasiado formal para su balbuceante esquema rebelde de hijo único. Pero ahí donde le veías, con sus tirantes de goma, sus camisas bordadas con iniciales, sus zapatos de ante para los escasos días sin lluvia y sus trajes impecables alternados con atuendos *sport*, Eugenio iba conquistando al muchacho gracias a sus armas secretas: la afición al cine, la música, los libros de Stevenson y Julio Verne, para empezar, y el fútbol.

Aquel día no le había llegado a ver. Es posible que necesitara su abrazo y él no se atreviera aún a cruzarse con el sollozo de un hijo demasiado tierno y poco preparado como para enfrentarse tan temprano a la muerte. Aunque así era la vida, y a él un destino al que no les estaban reservadas preguntas incómodas le había arrebatado demasiado pronto a su padre. Murió cuando Eugenio apenas salía de una adolescencia poco respondona, muy propia de aquella generación vitalmente derrotada —incluso para los que se consideraban vencedores— de la posguerra.

De pronto apareció. Chucho lo solía presentir por el pasillo, medio carraspeando.

—Papá...

—Hola chiquilicuatri...

—Murió la abuela.

Chucho quiso anticiparse al engorro de que su padre se viera obligado a decirle algo. Él calló, sencillamente, y le agarró por el cogote. Se limitó a eso y a animarle para que se quedara aquella tarde con María Teresa.

—Bueno... Ahí está, mi turuta. Esta tarde, si quieres, no vayas al colegio. Si no te apetece, nada.

—Me lo estaba pensando, aquí, con María Teresa.

La muchacha se sonrojó un tanto. Puede que avergonzada de haberse adelantado al visto bueno del padre, pero también satisfecha por proponérselo.

—No hay problema, don Eugenio, yo hoy me quedo lo que haga falta.

—Te lo agradezco.

—¿No va a comer?

—Con la que tenemos montada abajo, no debo. Sólo he subido a ver al niño y a lavarme un poco la cara.

—Estará cansado.

—Mucho, pero toca aguantar.

—Siéntate, papá. Toma algo.

Chucho parecía haber adoptado un papel de apoyo maduro en mitad de aquella angustia que debía postergar sus desahogos y encerrarlos bien después del entierro bajo llave.

—No tengo hambre, aunque esos macarrones no tienen mala pinta.

—Están buenísimos. Fieros, como dices tú.

—¿No había hecho usted lentejas?

—Sí, también... Se las caliento.

—No, no, es que me había parecido oírlo. Unas lentejas ahora me resultarían pesadas. No os preocupéis, me siento, pero no como nada.

Tal como lo dijo, poco indicaba que un segundo después, en un descuido de su hijo con el tenedor, le metiera un tiento a la fuente. Aquel gesto que cualquier día normal hubiese despertado la censura repipi de su hijo consentido no produjo ninguna reacción inoportuna.

—Ande, le traigo un plato.

María Teresa hizo el amago de levantarse.

—Que no, que no, de verdad.

—Como quiera.

—Me marchó, aunque...

Una de las cosas que más desconcertaban a Chucho de su padre era su tendencia a la inseguridad. Si esos pequeños detalles —no saber si comer o no, pudiendo perfectamente— ya eran llamativos, qué no habría sido su vida. Pero apareció Rocío y resolvió todas las dudas.

—María Teresa, sáquele un plato al señor.

Sin haber estado presente, la madre sabía perfectamente cómo debía resolver la situación. Casi quince años a su lado —con un largo noviazgo antes del matrimonio, retrasado por sus tentativas con la oposición a judicatura— le habían medio obligado a marcar el camino. En los trabajos, a decantarse por uno u otro, pero también en el momento adecuado para hacer la mili, en la fecha para casarse, en la duda de tener al niño a la primera, en escoger la vivienda y trasladarse después al hotel en los inviernos por falta de calefacción central en su piso alquilado y luego definitivamente, en relacionarse con unas amistades antes que con otras, en el necesario influjo de las familias, pero también en su forma de vestir...

Pocos espacios privados a sus gustos le quedaban, pero aquellos que podía rascar, los aprovechaba a fondo siempre con el beneplácito explícito o callado de Rocío Dávila: aquella mujer resulta que le organizaba naturalmente la vida y no dejaba entrada a sus tímidos accesos de mal humor.

Eugenio llevaba sus días con paciencia. Mientras le permitieran territorio para crecer como padre junto a su hijo, mientras no le censuraran algunos vicios leves, mientras no le mermaran su tendencia a profesar una particular devoción a doña Encarna, su madre, hasta que la pobre murió como vivió, discretamente, y cierta manga ancha con sus tías, que fueron resignándose a una soltería poco productiva, toleraba el ambiente y las reglas imperantes.

Otro inconveniente —que no defecto— producto de su bondad era la nula suspicacia. No le extrañaba aquella cercanía demasiado frecuente del amigo Menotti hacia su mujer, que ella recibía con agrado. Ni siquiera notaba nada raro en que aquel agente de viajes con domicilio en la ciudad se presentara regularmente por sorpresa, sin mucha clientela compartida con el negocio y con regalos un día sí y otro no para el chaval.

Eugenio comió con ganas justo cuando la carta de ajuste desaparecía del influjo creado en el cuarto de estar. Reinó el silencio después de haberse resuelto la duda principal que lo trastornaba. Comer o no comer. Apenas comentó las noticias y tampoco ese día se ani-

maron a corear la música de los anuncios. El agujero de la abuela empezaba a dejarse sentir. También un lejano trasiego.

Rocío bajó. El panorama andaba más despejado. Ya debían de haber preparado todo para trasladar el cadáver. Tocaba armarse de fuerzas para el velatorio. Todo lo que ocurrió después es una nebulosa para el niño. Se quedó con María Teresa, tranquilamente, medio pendiente de *Bonanza*, como las tardes que se lo podía permitir, y bien atendido en aquellas horas muertas previas a la merienda.

Aunque antes de que llegara ese momento se le atravesó un acceso de rabia y la pagó con una muñeca que había dejado por ahí no se sabía bien quién. La desnudó, aspiró su olor a blando material mezcla de plástico y goma con tonos de carne cruda y acto seguido la apuñaló con un cuchillo puntiagudo que alguien había olvidado sobre la mesa camilla.

No lloraba, no pensaba, tan sólo miraba aquella muñeca rubia, con el pelo revuelto, despojada de su vestido rojo, pero no de los ridículos zapatos blancos. Quizás esperaba en ella una reacción de dolor, un grito que no se producía, un espasmo, un mecanismo de defensa. Pero no ocurría nada, a medida que entre sus manos iba descubriendo la vacuidad de lo inerte, la bobalicona pasividad que tan sólo podía indicar dolor en el mecánico parpadeo de sus pestañas. Aunque ni siquiera eso.

María Teresa le sorprendió un tanto incómoda.

—¿Qué haces?

—Nada, me entraron ganas de matarla.

—Dámelo.

La muchacha tiró aquella muñeca a la basura sin tener en cuenta que quizás alguien la reclamaría.

—¿Merienda?

—Ahora no.

Chucho agarró su callado rencor, aquel sentimiento irracional y opresor que le hacía comportarse de manera extraña, aunque pocos fueran los que lo notaran, y bajó por las escaleras de servicio. Quería ver qué se cocía. Mientras atravesaba los pisos, doblaba los rellanos

como si hiciera un eslalon y trataba de aclarar de qué forma minutos antes había sido capaz de mostrar completa normalidad ante su padre, incluso síntomas de ser capaz él mismo de consolarle, y al rato se puso a aniquilar una muñeca.

Librarse del colegio venía a ser absurdo. Un impulso ciego que respondía sencillamente a sentir que podía imponer su propia voluntad de hijo único, de rey de la casa. Una vez logrado el objetivo, le sobrevení­a el consabido aburrimiento y se arrepentía. Más, si al día siguiente se enteraba de que se perdió algo importante. Una pelea, una discusión, un cumpleaños con bolsa de caramelos.

Al llegar a la cocina de abajo, le sorprendió la tranquilidad. Todo el mundo se había esfumado. Sólo encontró tazas apiladas, botellas con restos entre vasos que contenían hielos medio derretidos, cen­ceros bastante rebosantes y la nevera vacía. Al traspasar la puerta, torció el gesto por el olor a tristeza encerrada que se imponía al humo pesado de tabaco negro y rubio en callada y un tanto inútil pugna por el ambiente.

El salón necesitaba ser ventilado, que entrara un golpe de aire en corriente por las ventanas pese al tímido frío de la calle en pleno inicio de invierno. Santos se acercó con sus zapatillas de goma, su jersey gris entre el que sobresalía una deshilachada corbata negra y el cigarrillo en un costado de la boca.

—¿Qué haces, chaval? ¿Adónde vas? ¿No tenías que estar en el colegio?

—Mi padre me dijo que no fuera.

—Pues ayúdame a recoger esto.

Chucho acompañó a Santos. Ayudarle consistía en ser su sombra y, si acaso, alcanzarle algún destornillador o un trapo para que él rematase las tareas. Cuando no se producían entradas o salidas, cuando no tocaba subir maletas ni rellenar las fichas de clientes que cada día venía a recoger la policía, Santos ordenaba los imprevistos, echaba carbón en la caldera o pelaba el tiempo fumándose un cigarro en el cuarto donde se cambiaban todos de ropa. No era más que un habitáculo con un par de bancos en los que tomarse el bocadillo.

—¿Te has quedado triste, muchacho, me cago en «diola»?

Chucho se encogió de hombros. Aunque había confianza, no era capaz de equilibrar la conveniencia de admitir debilidades delante de quien le consideraba un hombretón.

—Sí, se te ve triste.

Santos ni le miraba al decir esto. ¿Qué iba a saber él? Lavaba las tazas y volcaba los ceniceros con desparpajo. El mismo que mostraba en adivinar los sentimientos del prójimo.

—Cuando murió mi madre, yo tenía tu misma edad. Da gracias que a ti, al menos, te lo han contado y que ha sido por las buenas. A mí ni me dieron explicaciones. Todavía estoy esperando que me cuenten lo que pasó.

Chucho quedó aturdido por la acelerada confesión de Santos, tan inesperada como sincera. Con el tiempo se iría dando cuenta de que el consuelo propio te lo construyen los demás con sus desgracias personales. Es una especie de regalo que te planta encima la gente cercana, con la mejor de las intenciones, para que uno no se sienta tan solo en la complicada relación de incomprensión que se establece en torno al dolor.

—¿Un accidente...? ¿Estaba enferma...?

—Qué va...

Santos paró y removió la cabeza dos veces. Chucho quedó en suspenso, medio impaciente, medio incómodo por haberle hecho sentirse en la obligación de consolarle mediante un recuerdo que inevitablemente le conducía a algún lugar oscuro.

—La vida...

La vida, dijo. La vida, como gran justificante de todo. La vida como peso y sorpresa, como imán de lo inaceptable, como maldición. En ese sentido pudo intuir —no creer, porque qué iba a creer sin experiencia un mocoso de siete años que acababa de salir de una arcadia feliz sin imprevistos y entrar en la esfera del sufrimiento con la pérdida del ser que más adoraba—, pudo adivinarlo porque fue la propia vida la que entre sus cúmulos le enseñó los más claros sentidos y también los más sombríos.

Mientras me debato sobre aquella primeriza intuición que ya he podido comprobar a estas alturas, me distrae la frialdad repetitiva de la decoración funcional de esta habitación. Es amplia y cuesta arrancar las sábanas de su apego al colchón. Prefiero los hoteles del norte de Europa, con sus edredones tendidos o doblados encima, que este forcejeo titánico con una cama demasiado bien hecha. Los hoteles funcionales me valen pero me irritan, suele sacarme de quicio la repetición en serie de sus mobiliarios. Prefiero menos aparente calidad pero diferencias, aunque estén sucias las colchas, no funcionen las televisiones o apenas salga como es debido el agua de los grifos —bueno, eso no, el agua de los grifos, no— y se atropellen los empleados a la hora de pagar la cuenta. Salí de Madrid esta mañana y regreso en dos días. Preparo un guión con una protagonista andaluza y he venido a aclimatarme. No tuve agallas para apretar el telefonillo, me faltó decisión. Quizás la próxima. ¿De qué moriría la madre de Santos? Fue un capítulo que jamás logré cerrar. Cuántas preguntas no resueltas se agolpan y llegan aleatoriamente desde un recóndito resquicio del pasado. No me contestó. Lo recuerdo muy bien. Demasiados traumas para un solo día, debió de pensar. Demasiada carga real. Con el tiempo, con las conversaciones, pude intuir que no había sido un accidente, ni una enfermedad, que tampoco se fue, que tampoco nadie sufrió castigo. Sólo sé que aquella tarde, Santos, el pobre, fiel, transparente, noble Santos, apartó a un lado su apariencia de hombre curtido para convertirse en un niño desvalido, en una criatura partida por el dolor no superado de la ausencia. Volviendo atrás, pude imaginar los años de la guerra, a una mujer transida por las circunstancias, con el marido en el frente, un hijo por venir y dos más de prole. Que se la llevaran, que desapareciera... No sé, que acabara en una cárcel y no saliera, el caso es que Santos, en aquel parón ante el cual se le reveló atravesado el recuerdo de su madre —qué día no le ocurriría lo mismo, en soledad o ensimismadamente acompañado de una realidad difusa ante la que frenaba en seco y se dejaba arrebatar por un fantasma—, logró transmitirme o transmitir a Chucho, al

perplejo chavalillo herido con que me identifico ya en pocas cosas, una hondura muy cabal. Pero lo que me inquieta es el presente, este presente que me obliga a huir, que me deja tantas cuentas pendientes, que será pasado, pero espero que no pasado del cual inevitablemente me arrepienta. ¿Por qué una vez más no apreté el telefonillo? ¿Por qué no envié un mensaje y la hice bajar? No conté con ánimo, ni valentía, ni confianza. No sé si de aquella noche en la que tras deambular un buen rato entre historias de infancia, relatos de su abuelo con doble vida —cinco nietos oficiales y cinco extraoficiales, pero bien atendidos—, aspiraciones tangibles de futuro digno que acabó en una rueda de besos, en una nebulosa de caricias muy reales, le quedará el recuerdo y el deseo de rematar lo que hace seis años comenzamos. La vida nos ha atravesado a fondo. Yo le escribí un poema que no sé siquiera si conserva. Ni ella ni yo somos felices. Estamos solos, ¿por qué no toqué el timbre?

Chucho dejó a Santos en silencio, observó que daba un golpe con el puño cerrado sobre el mármol, que cerraba los ojos, volvía la cabeza atrás y quedaba incómodo ante la presencia de un testigo de su dolor, de su secreto.

—Anda «pa» fuera. Ahora voy.

En esto sonó el timbre que avisaba de la llegada de algún cliente y Santos salió disparado. Una vez en la recepción, recuperó su cara de sorna atravesada por aquella sonrisa ladeada a lo Clark Gable y se aprestó a subir las maletas del viajero, un par de bultos que denotaban pocos días de estancia. Chucho observaba la escena cotidiana. Cómo al hombre se le pedía el carné de identidad, cómo se le informaba del desayuno, del precio, de los restaurantes cercanos, cómo se le ofrecía un plano de la ciudad y recomendaciones para aparcar el coche. El señor atendía paciente y amablemente agradecido. Antonio Gentil, que se ocupaba en el turno de tarde, le resolvía puntualmente las dudas y Rosario la telefonista le miraba, disimuladamente, de cabo a rabo.

En esos tiempos muertos era cuando a Chucho le pirraba meterse dentro de la recepción, colarse por debajo de la tapa que los ma-

yores debían levantar para introducirse y jugar con las clavijas de la cabina. Esa tarde, todo se lo iban a consentir. Quizás a regañadientes, pero no iba a ser como otras en las que le costaba mucho convencerles de que le dejaran formar parte de aquel mundo exclusivo de la recepción, el territorio acotado donde colgaban las llaves de las habitaciones, los inmensos cuadernos con entradas y salidas, cajones con papeles, gomas, lápices y bolígrafos rojos, azules y negros, estantes en los que se guardaban los mapas y los folletos, donde apenas cabían dos banquetas y un par de empleados que partían su jornada entre los momentos de tensión y una relajación intermitente en la que se colaban conversaciones agarradas al vuelo.

Esa tarde, a pesar del dolor, el muchacho disfrutó de lo lindo. Vivió un día intenso en el que tuvo que afrontar el primer encuentro de sopetón con el golpe de la muerte. Después comprendió que la ausencia es un sufrimiento y una alegría perennes, que la noticia en sí supone un primer paso del duelo que, en silencio o acompañado, experimentas toda la vida. Que los lutos cercanos abrían la caja de otros lejanos, que los días hacían acopio permanente de una normalidad obligada a convivir con nuestros dolores, que todo seguía, continuaba su senda poblada de caminantes perpetuos hechos a las cargas de lo que les va aconteciendo. Que unos pueden con ellas y otros no. Que los hay que se quedan en medio, atolondrados, y quienes continúan.